

El Crecimiento de la Economía Mundial y el Equilibrio del Dólar

Por el Dr. Sidney S. DELL

SE ha ofrecido toda clase de explicaciones acerca de la conmoción especulativa en contra del dólar, que precedió a las elecciones presidenciales de EUA. Todo mundo está de acuerdo en que no fue sino la negativa de las autoridades estadounidenses a intervenir, directa o indirectamente en el mercado libre, lo que permitió que el precio del oro en Londres superase por tan amplio margen el de Dls. 35 la onza cotizado en EUA. No fue sino hasta que resultó evidente que una posición pasiva costaría a EUA más oro que la decisión de satisfacer la demanda especulativa del metal, que el Banco de Inglaterra, seguramente con la anuencia del sistema de la Reserva Federal proporcionó al mercado de Londres oro suficiente para hacer bajar el precio, haciendo que algunos especuladores “se quemaran los dedos”.

Pero todo esto no es sino la superficie del asunto. El acuerdo acerca de las realidades que están en el fondo es mucho menos general. Tal vez no sea verdad que los especuladores previeron la victoria de Kennedy, lo que hacía esperar, según ellos, un período de inflación con las inevitables repercusiones adversas sobre la estabilidad del dólar. Estos y otros factores de corto plazo —como la atracción que ejercen las tasas de interés más altas que se pagan en Europa Occidental— pueden haber tenido parte en los acontecimientos que llevaron al auge del mercado del oro en octubre de 1960 pero ninguna de estas influencias de corto plazo basta por sí sola para explicar el desequilibrio más fundamental que el mundo viene padeciendo hace ya algún tiempo.

Hasta hace poco, existía una poderosa escuela, especialmente en EUA, que consideraba el desequilibrio externo como resultado de una presión de la demanda interna, mayor en EUA que en otros países. Se suponía que esta presión actuaba de dos maneras

sobre la balanza de pagos de EUA: en primer lugar, significaba que la demanda de importaciones crecía con mayor rapidez en EUA que en el resto del mundo la demanda de productos norteamericanos. En segundo lugar, que las presiones internas se habían traducido en el alza de los precios cotizados para las manufacturas de EUA en comparación con los niveles del mercado mundial, o en otras palabras, que EUA “se había autoexpulsado de los mercados mundiales con sus altos precios”. Así, aún cuando EUA tiene un superávit en su balanza comercial, dicho superávit ha venido menguando y ya no basta para financiar la ayuda económica y los gastos militares en el exterior a los niveles que por cuestiones políticas se han considerado convenientes, hasta hoy.

Este punto de vista acerca de los factores responsables del desequilibrio de los pagos externos de EUA resultó cada vez menos plausible en el curso del año pasado. Otra cosa es culpar a las presiones internas del drenaje de las reservas en el transcurso de la recuperación de EUA de la recesión de 1957-58, ya que en ese período, efectivamente, el ingreso monetario y la demanda crecieron más rápidamente en EUA que en casi todos los otros países, y no sería improbable que esto hubiera tenido algo que ver con el comportamiento adverso de la cuenta exterior.

Empero, durante casi todo el año de 1960 la actividad económica de EUA se estancó o decreció, y la demanda fue débil. Por tanto, la cuestión de si hubo o no durante 1959 presiones inflacionarias excesivas, resulta puramente académica, puesto que la salida de oro persistió en 1960, no obstante que la demanda resultó insuficiente, aún para mantener el nivel de ocupación y producción, no digamos ya para permitir una mayor expansión. Ni es tampoco la primera vez que ocurre una cosa así. Lo que no se tuvo en cuenta,

en general, fue que la salida de oro empezó a acelerarse durante la recesión de 1957-58, período en el cual la demanda declinó más en EUA que en Europa. Si durante las recesiones de 1957-58, y de 1960 Estados Unidos perdió oro, no es de gran ayuda la afirmación de que las pérdidas se debieron a una excesiva presión de la demanda interna en EUA.

Tampoco ha conservado su importancia la afirmación de que los precios de las mercancías estadounidenses son excesivamente altos. Nunca pudo probarse estadísticamente la solidez de esta opinión; de hecho, la información que el Departamento de Comercio y el Consejo de Asesores Económicos del Presidente pudieron reunir en ocasión de la publicación del penúltimo Informe Económico del presidente en enero de 1960, no ofrecía ninguna señal de cambio de importancia en la posición competitiva de la industria norteamericana en los mercados mundiales. Lo ocurrido desde entonces fortalece la convicción de que hay que buscar en otra parte el origen de las dificultades. En primer lugar, durante 1960 las exportaciones de EUA alcanzaron un volumen bastante considerable. Las exportaciones comerciales (es decir, sin tomar en cuenta la ayuda militar) incrementaron en 20%. Al mismo tiempo, creció muy significativamente la participación de EUA en las exportaciones mundiales de productos manufacturados. Cabe notar que estos resultados se lograron a pesar del descenso en la demanda de importaciones en otros países del hemisferio occidental que constituyen los principales mercados para los productos norteamericanos. La contracción de las exportaciones totales a causa de haber disminuído la demanda en mercados como Canadá, Cuba y Venezuela, se vio más que contrarrestada por los considerables envíos hechos a Europa Occidental, que en el curso del año pasado superaron en casi un 50% los de 1959. Esta extraordinaria recuperación —precisamente en el área a la que se culpaba de socavar los precios de EUA— debería bastar para eliminar la teoría de que EUA se autoexpulsó del mercado mundial por sus altos precios.

Igualmente reveladora es la forma en que la industria automovilística de EUA contestó, finalmente, a la competencia extranjera. Era ya opinión de algunos economistas que en ningún caso era tan clara la incapacidad de la industria estadounidense para competir, como en la automovilística, debido a los espectaculares éxitos logrados por los productores extranjeros, aún en el mercado de EUA. Se había olvidado por completo todo lo dicho con anterioridad por los expertos en productividad, y por otros expertos, acerca de la manifiesta deficiencia de la industria automovilística europea, derivada de la proliferación de plantas no óptimas, así como a la inadecuada estandarización de los componentes.

Ahora resulta que el error de los fabricantes de automóviles en EUA no era su incapacidad para producir a tan bajo precio como los demás —unidad por unidad— sino su desconocimiento de la *composición* de la demanda interna. Hasta hoy, ningún fabricante europeo ha podido producir automóviles de la clase del Chevrolet, el Ford y el Plymouth a un precio que pueda competir en EUA. El problema radicaba en la existencia de un tipo de comprador que deseaba algo más pequeño y modesto, y la industria norteamericana no ofrecía vehículos de ese tipo. Sería interesante examinar las razones de este error de cálculo sufrido por los tres principales fabricantes de EUA durante varios años, no obstante contar con todo lo que el dinero puede alcanzar, en materia de estudios de mercado y persuasión del comprador. Pero queda el hecho de que, una vez que se apreció correctamente la estructura del mercado, la solución del problema no fue sino cuestión de tiempo. La reacción del público fue inmediata y las ventas de autos importados empezaron a disminuir tan pronto como los “compactos” hicieron su aparición en el mercado.

Así pues, una vez que se han eliminado las razones convencionales con que se pretendía explicar las dificultades de EUA en su balanza de pagos, ¿qué otra explicación puede ofrecerse?

Para empezar, observemos que ningún análisis de la balanza de pagos de EUA puede permitirse el lujo de pasar por alto la especial posición que este país ocupa en la economía mundial; empero, es precisamente este hecho el que ha sido descuidado por todas las teorías antes comentadas. Hasta un país comercial tan importante como Inglaterra puede descuidar su propia influencia sobre el nivel del ingreso y la demanda mundiales al formular su política de expansión o contracción económica. Si Gran Bretaña decide elevar o reducir el nivel de su propia demanda en relación con la demanda mundial, no tiene que tomar en cuenta, al menos en gran medida, las repercusiones secundarias que su decisión pueda tener sobre la economía mundial en su conjunto, por la sencilla razón de que estas repercusiones serán relativamente leves. No es probable que Inglaterra —ni mucho menos otros países industriales de menor importancia— incurra en errores graves al tomar el nivel de la demanda mundial como algo dado y hacer sobre esta base sus propios ajustes a dicho nivel. Por supuesto, Europa Occidental, tomada como un todo, puede y, de hecho, ejerce una considerable influencia sobre el nivel mundial de la demanda, pero esto ya es otra cuestión; por muy importante que la suma total de las decisiones tomadas por la industria europea sea para el mundo en general, ningún país europeo puede por sí mismo cambiar las tendencias básicas de la economía mundial con sus solas actividades.

No así Estados Unidos. Casi la mitad de la in-

dustria manufacturera —exceptuando a los países comunistas— se encuentra localizada en EUA y la participación de este país en la inversión industrial es todavía mayor. En consecuencia, EUA no puede suponer que cuando ocurren cambios en su propia posición económica el resto del mundo continuará comportándose exactamente igual que antes. EUA no ajusta su propia situación a la del resto del mundo, como hacen otros países, sino al contrario, es su comportamiento el que contribuye a determinar el curso de la actividad económica del resto del mundo. Y esto no es sólo cuestión del impulso directo que se dé al resto del mundo a través de cambios en el nivel de la demanda de importaciones y de la oferta de exportaciones por EUA, sino que implica también la trasmisión de todo cambio de importancia en las expectativas de la economía: la repercusión psicológica que tales cambios tienen en el resto del mundo es a veces mayor que la influencia a través del comercio exterior norteamericano.

Por consiguiente, cualquier solución al problema de la balanza de pagos de EUA que implique la reducción del ingreso y la demanda internos, ha de tener en cuenta los efectos directos e indirectos de estas medidas sobre el resto del mundo. Por ejemplo, si el resto del mundo reaccionara de manera sensible a los cambios en las perspectivas económicas de EUA, una contracción de la actividad interna norteamericana puede tener resultados absolutamente negativos por lo que hace al déficit de la balanza de pagos de este país. Cualquier efecto beneficioso que sobre el déficit pudiera tener la reducción de la demanda de importaciones se vería **contrarrestado, en parte o totalmente**, por la reducción de la demanda de importaciones en otros países, reducción provocada por el retroceso de la economía estadounidense.

En cambio, un nivel alto, y rápidamente creciente, de actividad económica en EUA, lejos de agravar el desequilibrio externo, podría muy bien ser el mejor medio de eliminarlo. La experiencia posbélica demuestra una y otra vez que los productos estadounidenses tienen mayor demanda en los mercados internacionales cuando el resto del mundo opera casi al límite de su capacidad productiva. En tales momentos, las naciones suelen acudir a EUA para obtener las cantidades adicionales de bienes de inversión y materias primas —aún carbón y acero— que se requieren para sostener el proceso de crecimiento y evitar su interrupción por escasez o “cuellos de botella”. En otras palabras, la balanza de pagos de EUA tiene todas las probabilidades de mejorar su posición cuando la economía del resto del mundo está en auge y la demanda ejerce presión sobre su capacidad. Pero ningún auge puede durar, en ningún país, si EUA no participa en él directamente, de modo que, por su propio interés, debe procurar la mayor expansión para su economía a fin de poder, así, contribuir a fomentar el crecimiento en otras regiones.

Aún cuando la memoria parece ser pobre, cabe recordar que hubo una época, no hace mucho, en que el problema consistía en la escasez y no el excedente de los dólares. Por entonces la demanda mundial presionaba tan insistentemente sobre la capacidad, que las solicitudes de productos estadounidenses excedían siempre de la oferta de dólares de que otros países podían disponer por medio de las importaciones de EUA, de las salidas de capitales de este país, y del oro recién extraído de las minas. Europa Occidental no ponía todavía la capacidad productiva destruida por la guerra, en tanto que la demanda era enorme debido al rezago de inversiones y demanda no satisfechas. Al mismo tiempo, los países subdesarrollados trataban de acelerar su tasa de crecimiento económico, lo cual hacía necesaria la adquisición de grandes cantidades de equipo de capital, la mayor parte del cual tenía que importarse. EUA ayudó a financiar la recuperación de Europa Occidental por medio de gigantescos programas de ayuda. Por su parte, los países subdesarrollados giraban sobre los activos líquidos que acumularon durante la guerra y se beneficiaban de la favorable relación de intercambio resultante del alto nivel de la demanda de sus exportaciones en los países industriales.

Este estado de cosas fue visto con gran inquietud por los economistas, banqueros y —en menor medida— hombres de negocios ortodoxos. Se argüía que la llamada “escasez de dólares” no era sino ilustración del hecho de que Europa y los países subdesarrollados se negaban a vivir de acuerdo con sus propios recursos. Y se preguntaba por qué razón se obligaba a los ciudadanos de EUA a pagar impuestos destinados a brindar ayuda a países que no querían poner su casa en orden. ¿Acaso no servía esa ayuda para fomentar la prodigalidad y eliminar cualquier incentivo que pudiera llevar a reprimir los excesos de la inflación y la consiguiente anormal demanda de importaciones? Quienes tal afirmaban, se negaban a admitir que existe una diferencia abismal entre un caso clásico de inflación y la situación de un país que trata de reparar los daños de la guerra lo antes posible, o que desea alcanzar y mantener una tasa decente de crecimiento después de siglos de estancamiento, o de una situación todavía peor. Y se puso de moda culpar a todo y a todos de lo que pudiera parecer erróneo: desde los déficit de balanza de pagos hasta la política inflacionaria de los gobiernos, pasando por la presión que los sindicatos ejercían a fin de lograr salarios más altos. EUA empezó a inclinar la enorme influencia de que gozaba en todo el mundo del lado de las políticas restrictivas, tanto monetarias como fiscales, y aun llegó a normar sus programas de ayuda por la aquiescencia de sus aliados a adoptar tales políticas.

Gradualmente, la campaña emprendida tuvo éxito, y uno a uno los países empezaron a experimentar una reducción de su impulso económico. 1955 parece

haber sido el año crítico, ya que desde entonces empezó a disminuir la tasa de crecimiento, que ahora camina a paso de tortuga, no sólo en el mismo EUA, sino también en varios países de Europa Occidental, en América Latina, y en muchas otras regiones del mundo subdesarrollado. Sólo unos cuantos países industrializados —principalmente, Francia, Alemania Occidental, Italia y Japón— mantienen una alta tasa de crecimiento. Y como la presión de la demanda sobre la capacidad ha disminuído progresivamente en el resto del mundo, la posición externa de EUA ha ido empeorando.

En otras palabras, los partidarios de la deflación se salieron con la suya. . . ¡y de qué manera! No sólo han llevado la economía del mundo Occidental a una pausa casi total, sino que han provocado una nueva forma de desequilibrio en los pagos internacionales, que promete ser más desquiciante que la de los primeros años de la postguerra. Pues por difíciles que hayan sido los años en que hubo escasez de dólares, fueron al menos, años de expansión, de elevación de los niveles de vida y de más amplios horizontes para todo el mundo. Los deflacionistas convirtieron la escasez de dólares en exceso, ¡pero a qué precio, en términos del producto previsto y del crecimiento frustrado!

Y ha sido tal la aceptación del dogma deflacionista, que oímos afirmar que el Presidente Kennedy puede verse imposibilitado de llevar un programa económico tan ambicioso como el que él hubiera deseado, por temor a perjudicar la balanza de pagos. Se dice que la reanudación del crecimiento económico de EUA provocaría una fuga de dólares. Aparentemente el auge de EUA llenaría de terror el corazón de los inversionistas. Tales son las paradojas que ahora se nos quiere hacer tragar.

Aún los que, sobre otras bases, quisieran ver la expansión de la economía de EUA mueven la cabeza con aire de sabiduría cuando se menciona la salida de oro de EUA. Los diarios publican conspicuos encabezados informando al público que las reservas de oro de EUA son "las más bajas desde 1940", pasando totalmente por alto el hecho de que en el decenio de los treinta EUA absorbió oro del resto del mundo, en una medida tal que por aquel entonces se calificó de poco menos que catastrófica. Sin embargo, hoy día el nivel de reservas áureas de 1940 se considera como peligroso para EUA. Es tan ilógico este punto de vista, que merece ser analizado. Si EUA se encuentra en dificultades cuando sus reservas de oro equivalen a bastante más de un 100% de sus importaciones anuales, ¿cómo vamos a calificar la posición de la gran mayoría de los países cuyas reservas totales en oro y divisas, son iguales a un 20 ó 30% de sus importaciones anuales, y tal vez menos? Y si EUA país al que corresponde el 16% de las importaciones mundiales, se ve en peligro de tener que devaluar su moneda a

pesar de estar en posesión de la mitad del oro monetario que forma las tenencias oficiales (con excepción de la Unión Soviética), ¿qué posibilidades de estabilidad monetaria pueden tener los demás países? ¹

Hace mucho que está pendiente una total reconsideración de estas tímidas ideas acerca de lo que puede o no puede hacerse en el campo del crecimiento. El mundo occidental se ha colocado en una posición de estancamiento cuidadosamente concertado, y ya es tiempo de que salgamos de esa situación, haciendo caso omiso de quienes nos quieren arrastrar al culto del becerro de oro. La cuestión no es si EUA —o Gran Bretaña, que para el caso es lo mismo— puede permitirse el lujo de reanudar la expansión; más bien, cabe preguntar si puede permitirse el lujo de no reanudarla. La prudencia misma exige una política de crecimiento. En relación con los intereses inmediatos de la nación, sólo si su economía crece con suficiente rapidez puede EUA esperar igualar el aumento de la productividad de Alemania Occidental y Japón, y sólo que EUA ponga el ejemplo se decidirá el resto del mundo a trabajar lo más cerca posible de su capacidad máxima, con lo que incrementará la demanda de productos estadounidenses, especialmente maquinaria y equipo. Desde un punto de vista más amplio, EUA y otros países desarrollados necesitan con urgencia una política de crecimiento, no sólo por su propio interés, sino a fin de crear un ambiente que favorezca la aceleración del desarrollo en las regiones más atrasadas. Los países subdesarrollados no tolerarán por mucho más tiempo el desquiciamiento de sus programas de desarrollo, provocado por el agotamiento de sus mercados de exportación, y el deterioro de su relación de intercambio que este agotamiento ha ocasionado en los últimos años. No hay cabida en nuestra época para la doctrina de que la vitalidad engendra el temor y de que la seguridad descansa en el estancamiento y la contracción.

¹ El Presidente Kennedy ha descartado definitivamente cualquier cambio en el precio del oro. Las proposiciones hechas por él mismo a fin de lograr una mejoría en la balanza de pagos de EUA dependen, en gran medida, de traspasar a Europa Occidental, especialmente a Alemania una parte de la carga que representan los gastos militares en el exterior, y persuadir a este último país para que incremente su ayuda a las regiones subdesarrolladas. Ciertamente, esta medida aliviaría algo la presión que pesa sobre la balanza de pagos de EUA, aún cuando resulte paradójico, para algunos, que los gastos de defensa de Alemania deban depender, aunque sea en parte, del déficit de la balanza de pagos de EUA. Desde luego, es muy deseable que Alemania Occidental incremente su asistencia a los países subdesarrollados, pero esta medida puede redundar en un aumento del superávit alemán, en vez de reducir el déficit norteamericano. El Presidente Kennedy se declaró contrario al proteccionismo como solución del problema de balanza de pagos a que se enfrenta EUA si bien ciertas medidas tomadas recientemente son, de hecho, proteccionistas, especialmente la decisión de ligar los programas de ayuda de EUA a la compra de sus productos en mayor medida que hasta hoy, así como la de reducir las exenciones arancelarias de que gozaban los turistas al regresar al país. La reciente decisión de incrementar en un 50% la tarifa para bicicletas importadas, no es un buen presagio. También resulta difícil, por el momento, valorizar los planes gubernamentales sobre crecimiento económico. Por un lado, en su Mensaje del Estado de la Unión al Congreso, el 30 de enero, el Presidente manifestó bien a las claras que "una eficiente expansión interna que estimule nuevas plantas y nuevas tecnologías que permitan a nuestros productos competir en los mercados extranjeros, es también la clave del problema de nuestra balanza de pagos internacionales." Por el otro, las medidas concretas propuestas hasta la fecha a fin de levantar la economía, son más bien débiles, y tal vez se hayan visto inhibidas por el clásico temor de que la recuperación redunde en perjuicio de la balanza de pagos.